

EL PLANO DE SINAN

Costa Maldenius que siempre deseó conocer Estambul, la Ciudad del Islam, no pudo sospechar las consecuencias de cruzar su mirada con unos ojos extraños. Traía una borrachera fenomenal y caminaba a tropezones con otros compatriotas por la calle de los restaurantes de pescadores del Bósforo, ahíto de sardinas y aguardiente, festejando a gritos su condición de turista. Fue probablemente su intoxicación que le hizo ver lo que otros no percibían en los ojos de un verde extraño de la hermosa mujer que cenaba en compañía de un hombre de edad indefinible, cuya distinción no alcanzaba a ocultar lo discreto de su vestimenta y sus modales.

La familia de Iñigo Delmona, orfebres desde siempre, a causa de su raza debió dejar España por la expulsión que decretó el Católico. Como muchas, se refugió en la Corte del Turco, que empezaba por entonces a planear su posteridad arquitectónica, cansado de transformar en mezquitas las basílicas e iglesias constantinas.

Alguien recomendó a Suleyman, cuya magnificencia comenzaba a diferenciar su nombre, la rarísima calidad de las piezas del sefardita. En poco tiempo, el Sultán estaba tan complacido por las joyas que Iñigo le presentaba como por los planos de la mezquita cuya construcción había confiado al alarife Sinán, con la sola instrucción de que su obra compitiera ventajosamente con la Santa Sofía de los Emperadores Romanos de Oriente.

Un día, el joyero hizo llegar al Sultán una pieza en forma oval, con la Tagra (1) de Suleyman en diamantes. Grande fue su sorpresa cuando gobernadores y emires le informaron que los edictos autenticados por esa Tagra parecían ser obedecidos sin mayores resistencias. Suleyman entendió el asunto y por muchos años mantuvo en su corte a Iñigo Delmona; sin conseguir despejar su perplejidad frente al proceder de los poderosos que expulsaban tales servidores.

Sinán y Delmona se hicieron muy amigos. El artífice de lo inmenso y el de lo diminuto pasaban interminables horas discutiendo espacios, técnicas, materiales y relieves. En alguna ocasión, el joyero respondió a la curiosidad de su amigo sobre las fuentes de su arte con crípticas referencias a un maestro que del otro lado de los mares había trabajado con unos hombres que se empeñaban en hacer el retrato del Sol.

Suleyman, aburrido de las boquillas de narguilé y las tazas sin gracia, pero cargadas de brillantes que para halagarlo Pashas y generales le hacían llegar constantemente, pidió a Iñigo que le hiciera joyas dignas de su ya enorme imperio. El joyero desapareció un tiempo y cuando regresó, lo hizo acompañado de una mujer a la que recluyó en su casa. A partir de ese momento, las joyas que creó produjeron asombro, pero sus trabajos con esmeraldas llegaron a inspirar temor. Se comentó en voz baja, que los ojos de la misteriosa esposa transmitían a las piedras su inquietante luminosidad interior.

También en aquella época Suleyman pidió a Sinan que proyectara un plano para el Bazar que quiso reconstruir rápidamente después del gran incendio. El arquitecto se dejó convencer por Delmona para prohibir la dispersión de los joyeros en el laberinto del mercado y en cambio agruparlos en una calle que rodeara todo su perímetro; así como para introducir otras modificaciones en el diseño.

Cuatro siglos después Antolín Delmona, dueño ignorado de la mayoría de las joyerías de la Calle del Oro del Gran Bazar, cuyas baratijas despreciaba y joyero él mismo,

encontró en el fondo de Anatolia una joven anudando tapices, en la que inmediatamente reconoció el prodigio de la antepasada que había cautivado a Iñigo.

Cevin, convertida en esposa del joyero, conseguía ocultar habitualmente el misterio de que sus ojos de un verde muy oscuro no reflejaran la luz sino que iluminaran ellos mismos. Antolín abrigaba por su esposa un inmenso amor y respeto aún más grande. En la intimidad de su casa, cuyo severo exterior traicionaba el refinamiento de ambientes dignos del Sultán que recompensó el arte de su antepasado, creaba para ella fabulosas joyas, tanto más deslumbrantes porque sabía que era el único hombre que jamás las vería lucirlas.

Costa Maldenius se detuvo frente a Cevin y sin alzar la voz ni hacer el menor gesto, empezó a recitar en su ininteligible sueco provincial la lista de obscenidades que hubiera deseado hacerle. Nadie en la multitud podía entender lo que decía, pero las mesas cercanas prestaron atención y en pocos instantes todo movimiento se suspendió y se produjo un horroroso silencio interrumpido apenas por el monótono recital de Maldenius. Asustados, a los amigos se les pasó la borrachera y a empellones se llevaron a Maldenius. Al instante retornó la agitación y el ruido. Cevin no dijo nada. Antolín tampoco, pero se puso muy pálido y pensó en su antepasado.

Al día siguiente correspondía a los turistas la visita del Gran Bazar. Por horas recorrieron sus pasajes, adquiriendo los objetos que testimoniarían al retorno lo exótico de su escapada. A la hora fijada, Maldenius no se presentó al autobús y el guía, después de pocos minutos, aseguró al grupo que ello ocurría frecuentemente y que los retardatarios llegaban sin falta al hotel por sus propios medios.

Pero Maldenius no apareció ese día, ni a la mañana siguiente. Se informó a la policía que sin tardanza inició su búsqueda en el Bazar y otros lugares públicos y vergonzantes, sin dar con su paradero. Pasaron los días y luego de notificar al Consulado, el grupo regresó a su país. Las autoridades continuaron buscando, pero tras semanas y meses consideraron que se trataba de otro más de los turistas que desaparecían. Ingvar Larsen, el Vice-Cónsul, se negó a admitirlo y continuó por su cuenta las investigaciones.

Sin embargo, no tenía como saber que Dalmona y Sinan habían logrado un prodigio arquitectónico que permitía retener para siempre sin poder ir más allá de la Calle del Oro, a quienes por codicia o lujuria ofendieran a sus descendientes. Larsen continuó yendo al Bazar y todos los mercaderes que interrogaba le respondían que sí, desde luego, que veían de tiempo en tiempo a la persona que correspondía a la descripción de Maldenius y que, cuando les preguntaba, le indicaban cortésmente la salida.

(1) Tagra. Símbolo del Sultán.